



El camino de la salida de Zaragoza a Morella, cortado por uno de los escurrederos del Canal Imperial de Aragón y casi paralelo ahora a la línea del AVE, se llamó El Camino de En Medio. Camino histórico de las idas al levante, dicen que lo anduvo el Cid Campeador en su destierro hacia Valencia. Uno de sus pequeños puentes –al que, por cierto, las obras del IV cinturón cambiaron hace poco tiempo por un tubo– es el puente de la Media Legua. Allí, perdida ya la ciudad, las manos de un jardinero singular construyeron un huerto que toma su nombre del puente, el Huerto de la Media Legua. En él crecen 1.500 rosales, con más de 1.000 variedades de rosas y, naturalmente, como pasa siempre que se dan estas conjunciones de persona y lugar, crecen muchas más cosas.

El Huerto de la Media Legua es uno de los más destacados jardines de rosas de España, y, sin duda, el más especial. Julio Palazón, su creador, sigue cuidando los rosales, eligiendo poemas para las tapias que lo cierran, ordenando aperos, libros y hablando con sus amigos.



HUERTO DE LA MEDIA LEGUA

TEXTO: Adolfo Burriel • FOTOS: Julio E. Foster y Javier Romeo. Archivo Prames



ROSA NEVADA



MARÍA CALLAS



CATHERINE DENEUVE



LILI MARLEN

NO SÉ SI HAY MUCHOS JARDINES DONDE LAS ROSAS COMPONENTES JUNTAS EL MUNDO CASI INFINITO QUE SON. Pero, a buen seguro, muy pocos debe haber donde las rosas, en su multiplicación de colores y formas, convivan tan unidas a los poemas, se recojan en una tan rara paz de júbilos y vuelos, se entreguen así a las formas de la luz, recuerden tanto, a la vez, la iniciación y el reposo de la vida. Aquello es obra de las rosas, pero no sería lo mismo sin el jardinero. Por eso, esta historia, que es, además de una historia de rosas, una historia de sensaciones, bien merece contarse un poco más despacio.

Julio Palazón tiene 78 años y es un boticario de cuya actividad queda aún buena noticia en el barrio de Las Fuentes de Zaragoza. Un día de 1964, quién sabe por qué bullicios, Julio compró 3.000 metros cuadrados de tierra, a la que consiguió sacarle agua, en los mismos lugares por donde don José Sinués y Urbiola, reconocido director de la Caja de Ahorros, solía buscar vendedores de hectáreas. Y empezó su aventura: cercó con tapias la tierra, alineó los espacios de dentro, puso en pie tres pequeños pabellones y salió a los caminos del mundo en busca de rosales. El Huerto de la Media Legua iniciaba así su andadura.

El Huerto hoy trasciende su condición de jardín, es un espléndido mundo. En su centro, una particular rosaleda sirve de acomodo a las rosas clásicas, las más hermosas, aquéllas que desde antes del Renacimiento, otras cruzadas más tarde, han mantenido la misma textura, forma y perfumes. 15 días de mayo las observan plenas, sin muestras de su efímera vida: la rosa blanca de *York*, la perfecta rosa roja de *Lancaster*, «la más bella flor del medioevo» que es la *Rosamunda*, la *Maiden's Blush*, cuyos pétalos se asemejan «a muslos de doncella ruborizada», la *Madame Mailland* «de marfil, oro pálido y plata dorada» que unos llaman paz y otros gloria de dios, la *Alba Semiplena* y la *Kazanlik* que dejan un kilo de perfume por cada 10.000 kilos de sus pétalos, la *Rugosa Rubra*, buena para los vientos del oeste, como el cierzo, que llegó a estos lugares desde Japón de la mano de los amigos del capitán Cook, la *Paul Neyron* que adornaba en el Gatopardo los salones del conde de Salinas, la *Yolanda de Aragón* que lleva el nombre de esta tierra, la rosa de *Damasco*, traída por los franceses de la 8ª Cruzada, la *Penélope*, almizclera del Himalaya, o la rosa *Nevada*, inmaculada, la más perfecta rosa de cinco pétalos que vieron los aires, al decir de Julio, y que crece al lado de un recuerdo a Nina, su madre, a la que siempre nombra como «la injertadora»...

También allí, en la rosaleda del centro, han encontrado acomodo las rosas tiernamente franciscanas del campo, como la *Rosa canina*, o las que casi se tiñen con pinceles, como la *Fantin Latour*, o la *Felicidad y Perpetua* que el jardinero de Luis XVI dedicó a sus dos hijas, una rosa «para desear que el verano dure toda la vida»... Y, claro está, la rosa *Mutabilis*, doña Rosita de Federico García Lorca, que nace «roja como sangre», se vuelve blanca en la tarde «como mejilla de sal» y muere deshojada cada noche.

Es el centro del jardín. A su alrededor, en cinco tablas, las otras rosas, hasta las 1.500, hacen guardia a los días, recorren todo un universo de emociones, inundan esa especie de mar de corazones.

Las rosas, ya se sabe, tienen sus tiempos de gloria. Brotan y se esconden más tarde hasta la llamada de la nueva primavera. Cuando descansan, el jardín es un tupido manto de blancos recuerdos, los pequeños carteles que tienen el nombre de cada una de las rosas. También entonces el jardín reparte sus milagros, limpio, expectante, poco a poco brotando, primero verdeciendo, rodeado de versos. Porque Julio, ya lo dijimos, ha ido colocando en las tapias del huerto con su letra menuda aquellos poemas que ama, unos nombrando a las rosas, otros nombrando los sentimientos de la dulzura o de la belleza que allí manda. Antonio Machado –siempre don Antonio para Julio– tiene en el huerto sus sitios especiales.

Hasta hace muy poco, Julio salía cada principio de año en busca de nuevos rosales. Gran Bretaña, sobre todo, Alemania, Holanda... viveros uno a uno, jardines para los ojos, y todo se hacía luego diferente, entera, exclusivamente suyo en el huerto. Ahora que los tiempos son de otro tenor y los años pesan un tanto, Julio hace todos los otoños sus encargos por teléfono, pero conserva la foto de aquellos otros jardineros, creadores de rosas, que también pusieron, a través de él, sus manos en el huerto.

El jardín tiene tres pequeños pabellones. En uno de ellos, junto a un árbol genealógico de las rosas que Julio pintó en una de las paredes –que las rosas tienen también su gran historia–, al lado de dibujos y juguetes de Jerónimo niño, su hijo, se guardan los aperos y hasta un pequeño tractor, «ya jubilado», que vio nacer los surcos de la primera de las siembras. Otro pabellón es el recuerdo de un pequeño laboratorio, donde Julio, con un diminuto torno y un yunque de platero, mezclaba e injertaba semillas «que nunca daban completos sus frutos». Y el tercero, es una biblioteca sobre rosas, poemas e historias donde se recogen los amigos los días de más frío. Allí se almacenan los recuerdos, las voces de muchas lecturas, hasta los pensamientos.



REINA CRISTINA



FERDINAND RICHARD



RUBIFINOSA



FELICIDAD Y PERPETUA



ROSA DE BENGALA



ROSA MUTABILIS (Doña Rosita)



RUBOSA RUBRA



REINA DE LAS VIOLETAS



FINANCIAL TIMES

«La verticalidad ensoñada» de los cuatro cipreses centrales plantados en honor de Josep Pla, los magnolios, los membrilleros –de uno es «dueño» Álvaro Cunqueiro–, los granados, los mirtos, el árbol del amor, las moreras, las peonías herbáceas, capaces de espantar del cuerpo a los demonios, y hasta el bambú van señalando, como picas, los distintos rincones del huerto. En las riberas de los rosales, trescientas macetas dan a los tintes fuertes del huerto un verde contrapunto. Una fuente fundida en Averly tiene sitio reservado en el césped que está delante del pozo por cuyo pretil trepan las rosas *Albertinas*. Y cuatro diminutos elefantes de porcelana que tuvieron su gloria entre los decorados de «Salomón y la Reina de Saba», la película que King Vidor filmaba por Zaragoza, defienden las esquinas de una pequeña piscina a la que van cayendo las botellas vacías de vino los días de amigos y tertulias. «Cuando he bebido, oigo lo que dicen las rosas» explica Omar Khayyan desde la tapia para quien quiera escucharle. Porque todo hay que decirlo: el huerto está cerca, pero también lejos, de ser un lugar donde brotan las rosas. Es un lugar de amigos, el recinto de una viva paz y un vivo tumulto donde las palabras y la relación –también la soledad– forman parte inseparable, fundamental del entorno.

Y es ahí –ceranos ecos sufies– donde se empieza a entender completamente el jardín. No basta la sorpresa de las rosas, ni la admiración que provoca el espectáculo de los colores, de sus mil variedades. Si alguien entra al jardín, lo mira, se asombra de su belleza, lo pasea –ese lento recorrido por los pasillos del huerto desde el alto portón hasta el fondo; esa otra visita a las tapias y la rosaleda de la mano de Julio– con toda seguridad saldrá convencido de que ha visitado uno de los panoramas de flores más bellos que recuerda. Pero si se queda en eso no habrá descubierto la última razón –o sinrazón– del jardín, la que se posa en el alma de las rosas, la que crea el paraíso que entenece la mirada y las sensaciones, la que completa lo que se observa. Ésa es la obra de Julio Palazón, una recopilación de su sensibilidad, que es decir al mismo tiempo una recopilación de su vida.

Allí va el olor de la rosa,
¡cójelo en su sinrazón!
como Juan Ramón Jiménez advierte en uno de los poemas del huerto.



La cercanía de las vías del AVE a Barcelona y el IV cinturón de la ciudad han traído al huerto algunos tristes ruidos, pero no han roto la armonía de su paisaje ni han impedido que los 14 de abril de cada año llegue al huerto el ruiseñor con su anticipo de las floraciones.

El Huerto de la Media Legua bien puede llamarse remanso «secreto, seguro, deleitoso», como Fray Luis de León se encarga de recordar desde las tapias. Pero no es sólo eso. La explosión –la danza– de las flores, las palabras del huerto, el calor de las manos y de la mirada del jardinero, una innominable forma de entregarse y vivirse en su entorno, todo transforma incluso la costumbre de lo bello. «*Pas la couleur, rien que la nuance...*» «No tanto el color, sino el matiz, / solo así se armonizan sueños con sueños / y flautas con caracolas!», escribía Paul Verlaine. A lo mejor, como dice Emilio Lledó en otro de los poemas de las paredes del huerto, es «la melancolía del esfuerzo inútil». O, quién sabe –también lo dice en el huerto san Juan de la Cruz– tal vez se trate de uno de esos sitios donde de verdad las rosas son «la extraña noticia de Dios». ■

CALATAYUD

- Golf: Augusta-Calatayud • Mudéjar • Paisajes • Bíbilis • Vinos • Mesón de la Dolores
- Rutas • Puerta del Monasterio de Piedra, del termalismo... TODO UN MUNDO

